

MIGUEL ANGEL DÍAZ A.

JUVENCIO VALLE, POETA DEL AUSTRO CHILENO...

EL PREMIO Nacional de Literatura de 1966, no puede estar en mejores manos. En el amplio como escogido parnaso de nuestra poesía, la figura de Juvencio Valle destaca con relieves perfectamente definidos, tanto que en el ánimo de nuestro Jurado Nacional, no hubo juicios dispares, ni menos diferencias de apreciación personal, para decidirse por la unanimidad de sus votos, escogiéndolo entre Daniel Belmar y Salvador Reyes, sus oponentes más próximos, por la vasta como refinada obra artística del más grande de los poetas eglógicos con que cuenta Chile en la actualidad.

Pocas veces, nuestra poesía había contado en sus arcanos con un poeta de real valía en el alto concepto de su esencia lírica. Juvencio Valle, verdadero atalaya de la alta poesía chilena, tiene en sí méritos más que suficientes, para erigirse a la misma altura y sin menoscabos posibles junto a un Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Juan Guzmán Cruchaga, Julio Barrenechea, Max Jara, Oscar Castro, Efraín Barquero, Miguel Arteche, Jorge Teillier, etc., simplemente porque en su poesía, no caben los términos medios, la nota vulgar o pedestre o ese manido prosaísmo de masas en que lamentablemente ha caído la mayor parte de nuestros poetas de vanguardia que, a falta de contar con un verbo o módulo de auténtica fibra sensible, se encierran en esquemas cada vez más oscuros o herméticos, matando por doquier esa suerte de emoción hondamente sentida, que es materia básica e imprescindible en el concepto de toda auténtica poesía.

En el historial del Premio Nacional de Literatura, que desde 1942 viene otorgándose, año tras año, Juvencio Valle es el vigesimoquinto entre los agraciados hasta ahora y el decimotercer poeta que lo

hace suyo, siguiendo en tal galardón a los siguientes autores: Augusto d'Halmar, Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Pablo Neruda, Eduardo Barrios, Samuel A. Lillo, Angel Cruchaga Santa María, Pedro Prado, José Santos González Vera, Gabriela Mistral, Fernando Santiván, Daniel de la Vega, Víctor Domingo Silva, Francisco Antonio Encina, Max Jara, Manuel Rojas, Diego Dublé Urrutia, Hernán Díaz Arrieta ("Alone"), Julio Barrenechea, Marta Brunet, Juan Guzmán Cruchaga, Benjamín Subercaseaux, Francisco Coloane y Pablo de Rokha.

Por otra parte, se ha repetido una y otra vez, que el Premio Nacional de Literatura, si bien fue creado para premiar la labor literaria de toda una vida, no es con todo, una recompensa que esté a la altura del valor intrínseco que encierra, porque en su aspecto material o simplemente monetario, su valor es francamente irrisorio, de suyo risible. De E° 50, con que se inició en 1942, subió a E° 100, monto que se mantuvo hasta 1951, año en que Gabriela Mistral obtuvo este Premio y por esta razón, fue elevado extraordinariamente a E° 300 (resultaba francamente pueril mantenerlo en E° 100, cuando en 1945, Gabriela Mistral había obtenido el Premio Nóbel de Literatura). Desde allí se aumentó a E° 300 y desde 1960 se fijó en E° 5.000, suma vejatoria todavía, si nos atenemos a que desde el próximo año de 1967, por reciente acuerdo de las Cámaras, este Premio ascenderá a la no despreciable cantidad de E° 30.000 (equivalente a diez sueldos vitales de Santiago). En buenas cuentas y para mal de males, Juvencio Valle, el poeta del austro chileno, será el último que reciba esta ínfima suma.

Juvencio Valle, el poeta silencioso de Chile es, a no dudarlo, la más alta expresión que tiene nuestra austral naturaleza. Nadie como él, a través de cincuenta años de ininterrumpida labor poética, ha logrado identificarse tan a fondo con las cosas de nuestra tierra. Sin eufemismos, con un sentido crítico en estricta consonancia con la naturaleza de su poesía, nada hay en ella que no sea el trasunto fiel a una visión personal, poéticamente ampliada de una realidad vivida intensamente. La poesía suya, es consubstancial consigo mismo, una justa ecuación entre el hombre y el medio que capta, entre el poeta y su visión creadora. La cálida voz de nuestro poeta, su verbo transido de amor a su tierra y a las cosas que la pueblan, alcanza en cualesquiera de sus numerosos como bien estructurados poemas, una resonancia cósmica o panteísta, donde cada elemento, hasta el más ínfimo de los seres, se convierte en algo viviente, de consistencia material o animada. Por sobre todas las

cosas, su verbo es claro, de una transparencia cristalina, sin falsos oropeles, resistiéndose en el uso de recursos manidos o de mal gusto, logrando efectos notables de honda sensibilidad expresiva.

Concentrado en sí mismo, enemigo de la publicidad barata e interesada, renuente a frecuentar las oscuras camarillas o círculos literarios volanderos, Juvencio Valle ha pasado 40 años de su vida, salvo sus dos viajes al extranjero, en 1939 a España y en 1957 a Uruguay y luego a Rumania, visitando de paso París, Praga y parte de Austria, enclaustrado, más que prisionero en las cuatro paredes de un puesto de por sí burocrático o rutinario. Nacido en el sur de Chile, en la aldea de Villa Almagro, cerca de Nueva Imperial, en la provincia de Cautín, el 6 de noviembre de 1900 como *Gilberto Concha Rizzo*, Juvencio vivió los mejores años de su vida en íntimo contacto con la naturaleza, conociendo en detalle las faenas campesinas, solazándose a sus anchas en la morosa contemplación poética del exuberante paisaje sureño. En 1910 termina sus estudios primarios en la Escuela Superior N° 1, de Nueva Imperial, trasladándose al Liceo de Temuco, donde en 1915 conoce a un muchacho delgado, al parecer enfermizo, tal es su palidez cadavérica y figura esmirriada. Este joven alumno no fue otro que Pablo Neruda, quien rebautizó a Juvencio con el nombre de Juvencio Silencio, dado que nuestro joven poeta, igual que Neruda, eran tipos silenciosos, pendientes sólo de su mundo interior, sin importarles que, a unos pasos suyos, el vendaval de la vida, era todo fanfarria y molicie...

Por enfermedad, se retira del Liceo, alcanzando a cursar el Quinto Año de Humanidades. Hacia 1918, viaja por primera vez a Santiago, sin otra tarjeta de presentación que un deseo ferviente de conquistar la capital. Aquí conoció de cerca la combativa Federación de Estudiantes de 1920, especialmente al poeta revolucionario, autor del famoso poema elegíaco "Miserere", Domingo Gómez Rojas. Sorprendido del clima de violencia, de revolución constante que se vivía en Santiago, regresó desilusionado a Temuco, dos años después... A partir de 1926 a 1927, inicia sus labores de poeta (había empezado, así lo confesó, románticamente a los 14 años...), publicando sus primeros poemas en el periódico de Nueva Imperial "El Ideal", bajo los seudónimos de Rosalindo Ancán y Aladino Elgueta. En 1928, nuevamente viaja a Santiago y ahora se hace amigo de los escritores Angel Cruchaga, Hernán del Solar, Salvador Reyes, Luis Enrique Délano, encontrándose después de 14 años con Neruda, todo un diplomático que regresaba desde la India... Dos años más

tarde, en 1930, conoce también frecuentando sus círculos, a los poetas Julio Barrenechea y Tomás Lago. Después de hacer un último viaje a Nueva Imperial, en 1933 se radica definitivamente en la capital, dedicándose a las clases particulares de recuperación en Castellano, gracias a los buenos oficios del escritor Rubén Azócar. Ingresa a la "Alianza de Intelectuales de Chile" y toma algunas clases de "Prosa poética" en la Universidad de Chile. Estudia, asimismo, Biblioteconomía. En 1939 logra viajar a España, gracias a una invitación de los escritores antifascistas y mediante un boleto de tercera clase que le cedió don Andrés Serrano Palma, llevando la representación como carresponsal de guerra de la Revista "Ercilla" y el diario "La Opinión". Allí conoce de cerca a los poetas antifascistas, en plena revolución, León Felipe, Manuel Altolaguirre, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre y Miguel Hernández. Es apresado por sospechoso o antifranquista y debió soportar un encierro de tres meses en la prisión de Polier, librándose de ser fusilado como lo fue Miguel Hernández, Federico García Lorca, etc. En 1940, regresa expulsado a Chile. Aquí y en compañía del escritor Rubén Azócar, viajó a Chiloé y desde este mismo año, ingresa como funcionario público a la Biblioteca Nacional, donde actualmente se desempeña como Jefe en la sección Canje Internacional, sufriendo el encierro ominoso de cuatro frías paredes y esa presencia siempre ingrata —como muchas veces lo ha dicho— del actual Director de la Biblioteca y, todo, para ganar mensualmente, después de 26 años de servicios, la modestísima suma de E° 500.

Poeta de alma independiente, trabajador silencioso de las letras, es enemigo tenaz de las entrevistas. Ahora, con motivo de habersele distinguido con la más alta recompensa que se confiere a los más excelsos cultores del arte, ha debido someterse, quiéralo o no, a constantes bombardeos periodísticos. Vale la pena, resumir algunas de sus opiniones. Refiriéndose, por ejemplo, al Premio obtenido, manifestó, "el Premio que me han otorgado significa para mí la culminación de una carrera de creación poética que data de 35 años. Hoy día se considera a los poetas como una clase especial de maniáticos consagrados a juntar adjetivos sin prestar debida atención a juntar pesos. Los futbolistas están más favorecidos que los escritores en Chile. Ellos sólo dan puntapiés y la prensa les dedica sus mejores páginas. Se les paga y atiende bien. Del hombre que escribe, que quema sus pestañas en el silencio o lobreguez de un cuarto, creando fuentes de belleza, ya nadie se acuerda...". Su opinión en cuanto al porvenir de la poesía chilena, puede resumirse así. "El

movimiento poético es muy positivo y esplendoroso. Hoy existen verdaderas fábricas (talleres) de escritores, que les permiten formarse en medio de ventajosas posibilidades. Hay gente de gran calidad entre los nuevos valores, tales como Efraín Barquero, Jorge Teillier, Pablo Guíñez, Mario Ferrero y otros". En lo que toca a la juventud actual, afirmó, "No es tan descarriada. Toda época tiene una nueva forma de manifestarse. Ya llegarán otros, imponiendo nuevas formas. Lo que realmente importa, es que el muchacho de hoy vive con su época, viviéndola intensamente, olvidándose que aún existen los convencionalismos, camouflados, es cierto, pero subsisten, bajo otras formas, pero igualmente ingenuas...". Trascendió que con motivo de otorgársele el Premio a Juvencio Valle, tan pronto lo supo Pablo de Rokha, que lo obtuvo el año pasado, se mofó de ello, afirmando, "la poesía de Juvencio Valle, es de paños tibios, de salón o almi-barada, ideal para señoritas", a lo cual Juvencio Valle, respondió, "En mis libros exalto a mi pueblo en un lenguaje sencillo, transparente. Mi poesía es campesina, llena de aire y sol, optimista, de exaltación a la tierra, límpida, hecha de canciones, no a machetazos. La de Rokha, en cambio, tiene el lenguaje y el aire de lupanar, con acentos de violencia inusitada, de tonos falsos y grandilocuentes, soeces y oscuramente licenciosos...".

Su brillante trayectoria artística comienza el año 1926, cuando ganó un concurso literario en Nueva Imperial, recibiendo una medalla de plata con un trébol de oro, acto de íntima satisfacción personal, tanto o más emotivo a su carácter de suyo tranquilo, cuando en 1958, en un gran acto público, fue declarado Hijo Ilustre de esa tierra. Su poesía, hecha de esencias íntimas, translúcida a experiencias vitales, íntimamente apegada al suelo nativo, eglógica y vivencial por excelencia, se hace presente cuando en 1929 se publica en Nueva Imperial su libro *La Flauta del Hombre Pan*, donde aparece su credo poético de acentuada raigambre a la libre expresión de la naturaleza, que seguirá hasta su último libro publicado *Del monte en la ladera* (1960). Su primer libro refleja una poesía cuyo peso vital se hace sentir en las zonas más íntimas de nuestro ser, haciéndose blanda, delicadamente moldeable, en íntima consonancia con su ser cuando dice, "Me crié en la espesura / vengo de la hojarasca, / y cuando vuelvo a ese mundo / me dejo sobrellevar por el olvido. / Navego a la deriva, / me duermo, al despertar me encuentro / mirando el cielo como un náufrago". Sigue a esta obra una poesía de logrado acento bucólico, desfilando los motivos campesinos en toda su virtual nacencia, poesía que para el propio autor, es la

mejor concebida, la más auténtica y la más esencial de toda su producción eglógica. En efecto, en su libro *El Tratado del Bosque* (1932) encontramos versos tan promisorios como estos, "Esta flauta tan vieja que canta mientras sueño, / con qué dedos de azúcar la tocan los pastores? / Mi sombra se diluye y se convierte en vuelo / por esta simple flauta que silba en la colina. / Danzando al viento vienen por el lado del bosque / unas sílfides blancas, cándidas como un ala, / mientras las mariposas con sus cuerpos de loto / velan el viejo encanto de la hoja de parra" ("La Flauta"). No olvidemos que Juvencio Valle es un poeta posmodernista, que junto a Pablo Neruda, Julio Barrenechea, Domingo Gómez Rojas, Armando Ulloa, Romeo Murga, todavía hacían uso de la temática y cánones métricos propios de la escuela modernista de Darío, esto es, usando metáforas e imágenes brillantes, preciosismo estilístico, brillantez excesiva en la forma, con versos que, en un principio, son alejandrinos castellanos o de 14 sílabas, luego utiliza el octosílabo y, en general, el verso blanco o libre.

En sus obras posteriores, *El libro Primero de Margarita* (1937), *Nimbo de piedra* (1941) que obtiene el Primer Premio en el Concurso organizado por la Municipalidad de Santiago, en conmemoración del Cuarto Centenario de la fundación de la ciudad; *El Hijo del Guardabosques* (1951), premio "Alianza de Intelectuales de Chile" y Premio Municipal de ese año; *Del monte en la ladera* (1960), Premio Municipal de Poesía de ese año y Premio Bienal de Poesía "Jerónimo Lagos Lisboa", de la Sociedad de Escritores de Chile, rematando su decantada obra artística con la publicación de *La Tierra se mueve* (1960), inspirado en los sucesos del terremoto de ese año, Juvencio Valle nos entrega el desiderátum o lo más escanciado de la poesía eglógica de Chile, donde la flora y fauna del seno austral de la patria, tienen a su cantor máximo en poesía, como lo fue en prosa el idílico Mariano Latorre. Como una novedad en el módulo lustral de su poesía, se deja sentir una dosis apenas apuntada de un humorismo simplemente alegre en un principio, que luego en su última producción se hace decididamente socarrón y hasta amargo, sin caer en lo chocante o doblemente intencionado como suele ocurrir en la poesía de Pablo de Rokha y en menor grado en Nicanor Parra en sus "Poemas y antipoemas".

Como una forma de adentrarnos en esa atmósfera siempre diáfana de su poesía sin dobleces, conviene que espiguemos en algunos de sus poemas más representativos. Así, por ejemplo, en su gran poema "Chile del sur" de su libro *Nimbo de Piedra*, leemos, "¡Ay, mi

Chile del sur, cómo se mojan / tus enormes barracas de madera;
/ junto a su dura lámpara salada, / cómo se moja el corazón del
indio. / Lágrimas, anís, vinagre, ajeno, hielo, / bajo tu Cruz del
Sur, cómo se mojan / los muertos cementerios, las callampas, /
los pájaros polares y las bestias. / Allí sopla su verde cuerno el
viento, / la betarraga inmóvil se arrodilla, / allí esgrime su lengua
la cicuta, / y la dulce lechuga expele el agua. / Y cómo yergue su
boca a flor de leche / el pez que aún no asoma por la tierra, /
cómo estalla la espiga a mediodía / y cómo quiebra sus huevos la
culebra". Del "Hijo del Guardabosques", copiamos: "Temuco de
la Frontera; / dame tu tren llovido; / Carahue zozobante, tus oxi-
dadas hachas; / Villa-Almagro lejano, tus abiertos diluvios; / Bo-
roa, las leyendas de tus vírgenes rubias; / Imperial, el tesoro de tus
aguamaniles; / Budi de los suspiros, dame tu Augusto Winter".

En su *Antología* (1966) realizada con el concurso de Alfonso Calderón, aparecen, por último, algunos poemas inéditos de sus dos próximos libros prontos a aparecer *Mis amigos los pájaros* y *El grito en el cielo*. Especialmente de este último, es interesante observar en la evolución de la poesía de Juvencio Valle, que su estro poético, los fuegos de sus dardos alados, los apunta directamente, no ya a la naturaleza salvaje y primitiva, sino al centro mismo de los problemas existenciales del hombre, a su encierro en las ciudades, a lo simplemente burocrático que termina por aplastar definitivamente la libertad del hombre. En tal sentido, su poesía se identifica con su propio ser, apareciendo como el autorretrato de su autor, enclaustrado como una fiera entre las cuatro paredes de una oscura sala de la Biblioteca Nacional de Chile, donde Juvencio Valle, consume dramáticamente sus últimos días. Su poema "Me muero irremediabilmente", es el grito de rebelión de un hombre que ve pasar sus días en medio de la soledad y el desamor más espantoso. Veámoslos, "Me estoy muriendo en una biblioteca / entre libros en fila, / testigos filosóficos del hecho; / libros que desde lejos me contemplan, / mudos por fuera, / pero por dentro llenos de elocuencia. / El alma se me cae en los tinteros, / nado en un mar de fichas y papeles, / archivadores, cartas, / máquinas de escribir y de sumar, / timbres eléctricos, / gritos del emperador doméstico, / números, oficios: / me falta el aire azul, / me ahogo irremediabilmente".